COLECCION PICA Y PECA

1

TÍO Y SOB

230815

por JACOBO CASANOVA



20 cts.

1

230815

47/46605

TÍO Y SOBRINA

EXTRACTO DE LAS «MEMORIAS»

DE

JACOBO CASANOVA

LLAMADO «EL ABATE LIBERTINO»



ADMINISTRACIÓN

E. HERAS, EDITOR

BARCELONA

Es propiedad.

Imprenta "Electra", Barcelona.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

R3189535

TÍO Y SOBRINA

I

LAS DOS CARTAS

A consecuencia de enormes pérdidas en el juego y para reponerme de los estragos que en mi salud produjeran los excesos de toda especie cometidos durante años enteros, fuíme a pasar una temporada al pueblecillo de Châtillón, a unas doce leguas de París, situado a orillas del Marne y que disfruta de aguas salutíferas y está rodeado de bosques.

Uno de mis amigos me recomendó al alcalde de la población, que me recibió con verdadera cordialidad y se avino a albergarme en su casa.

Habitaban en ésta, además del señor Hutín, su esposa, una señora campechana que estaba ya más cerca de los cincuenta que

de los cuarenta, y un mozo de veinticuatro años, muy simpático, gran cazador y bebedor empedernido, pero buen muchacho y que desde el primer día me manifestó mucho afecto.

Tenía el matrimonio una hija de diez y ocho años, muy linda, según el retrato que me mostró su madre; pero estaba ausente, pues una tía suya, cuyo marido estaba en el Canadá al frente de un regimiento, la había enviado a buscar para que le hiciera compañía.

Aun cuando Gastón—así se llamaba el muchacho—me era muy simpático, no pude menos de pensar que su hermanita me hubiese distraído más.

Pero como había ido a Châtillón para reponer mis fuerzas y no con la idea de hacer conquistas, olvidé al momento la tentación, puramente teórica, que me sugirió el retrato, y no volví a pensar en la desconocida jovencita.

Durante un par de meses hice una vida ejemplar y como mi temperamento fué siempre muy ardiente y mi salud a prueba de bomba, después de aquel tiempo de abstinencia me pesaba la castidad más que una armadura a un guerrero enclenque.

Pero ni aun buscando con un candil encontraba en Châtillón otra cosa que zafias campesinas que no satisfacían sino a medias el anhelo que me devoraba. Ninguna de ellas interesaba lo más mínimo mi corazón y, por lo tanto, sólo alcanzaban a calmar el ardor

de mis sentidos; pero no a dar pábulo a la llama que desde mi juventud ardía en mi pecho.

El alcalde estaba encantado de mí. Cazábamos juntos, paseábamos a orillas del río, echábamos unas partidas después de cenar, le contaba yo cuentos y chascarrillos de la corte y él me explicaba los apuros pecuniarios del Ayuntamiento y lo mal que andaban los negocios públicos a causa de que los ministros cuidaban más de enriquecer a sus paniaguados que de administrar la Hacienda como era menester.

Ocupaba yo en la casa la habitación de Rosa, que era la más alegre y bien dispuesta.

Hizo la casualidad que un día, mirando uno de los libros de la jovencita, una «Historia de las Cruzadas» de Anquetil, que era una especie de novela alabada por todo el mundo y que no contenía una chispa de verdad a pesar de engalanarse con el título de Historia, hizo la casualidad, digo, que cayéndome el libro de las manos, se le arrancaran unas cubiertas que tenía y que de ellas se escaparan el borrador de una carta escrita por Rosa a una amiga suya llamada Julia y una carta de ésta dirigida a Rosa.

La curiosidad, que quizá no me acometiera en otra ocasión, hizo que leyera aquellas dos cartas y confieso que volví a leerlas y que me encantaron por dos motivos: por el

ingenio que revelaban y por la índole de la materia que se trataba en ellas.

Desde el instante que hube leído las tales cartas, sólo tuve un pensamiento: conocer a sus autoras, y especialmente a Rosa, de quien me imaginaba conocer las inclinaciones y los deseos, que corrían parejas con los míos.

Quizo la casualidad que pocos días después de leer aquellas cartas, que volví a dejar donde las encontrara por un capricho del azar, me dijera el señor Hutín que al final de la semana vendría su hija a pasar unos días a nuestro lado y que Gastón la reemplazaría al lado de su tía.

Pueden figurarse los lectores el alegrón que me produjo la grata nueva.

Disimulé como mejor supe mi alegría y esperé con impaciencia la llegada de la autora del borrador que tanto me había llamado la atención.

Cuando los lectores hayan leído las dos cartas que siguen, comprenderán con cuánta ansia anhelaría yo conocer a Rosa y lo mucho y bueno que me prometía de su presencia y del trato familiar que forzosamente tenía que establecerse entre nosotros.

Véase las cartas:

Rosa Hutín a su amiga Julia

¡Regocíjate, idolatrada Julia! La novedad esperada ha llegado, y de no quedar contenta, será porque eres de muy difícil contentar.

Ayer por la mañana recibió mi tía una carta que le produjo gran regocijo; su marido estaba en perfecto estado de salud y su ausencia no debía ser tan larga como en un principio se creyera.

Se recogió temprano, hice yo lo propio, por no haber nada que me retuviera fuera, y ya me disponía a acostarme, cuando se me ocurrió la idea feliz de visitar mi observatorio, y fué acertadísima idea, sin la cual hubiera perdido el espectáculo más curioso que pueda concebirse.

Mi tía se encontraba en camisa de dormir sentada en una butaca frente a mí, alumbrada de lleno por la luz de una lámpara colocada sobre una mesita, y se entretenía en releer la carta de su marido.

Por lo visto, la cartita debía encerrar muchas ternezas, porque la lectora tenía la cara muy animada y la mirada radiante. De repente, cerró los ojos, apoyó lánguidamente la cabeza en el respaldo de la butaca, con la mano izquierda depositó sobre la mesa la ardiente epístola, mientras que la derecha, bajando dulcemente, se apoderó de la camisa, elevándola con insensible movimiento, lo suficientemente alta, para dejarme distinguir, por completo, un vellocino, coquetonamente dibujado, graciosamente rizado y del más hermoso negro, que me recordó en seguida otro que no debe serte desconocido por completo; después,

la maligna mano, titubeando siempre, avanzó, poco a poco, sin que se adivinase en su movimiento malicia alguna, se deslizó sigilosamente entre los soberbios muslos dócilmente entreabiertos y empezó a trabajar calurosamente.

Me dirás que hasta ahora no hay nada sorprendente; mi tía, pensando en su marido ausente, a quien ama, se veía reducida a emplear el procedimiento de que nosotras, pobres solteras, nos servimos con la mayor frecuencia posible, para distraer nuestros aburrimientos, mientras esperamos que quiera ahorrarnos ese cuidado algún amable caballero.

Ten paciencia, que ya llega lo sorprendente. Mi tía, que parecía entregada a un afanoso trabajo, se detuvo como herida por una súbita reflexión. ¿Dudaría si la espiaban? Por un instante tuvo miedo, pero no había por qué tenerlo; se dirigió a su armario, de donde tomó un cajoncito cuidadosamente cerrado—una linda caja oblonga—, la abrió y sacó... ¿cómo definir lo que sacó?... una especie de instrumento extraño, de forma alargada y redondeada, para el que no encuentro comparación; lo examina, lo contempla amorosamente, y, sujetándolo, vuelve a tomar la posición antes descrita. Entonces, apartados los obstáculos con la mano izquierda, sosteniendo tan singular aparato con la derecha, y a despecho de una resistencia desesperada, le hace desaparecer, al fin, en determinado recinto, aprisionado estrechamente. Entonces,



María se precipita en camisa sobre mi lecho...

se empeña una especie de combate; furioso el recién llegado, y abusando el muy traidor de su posición, se encarniza con mi desgraciada tía, cuyo exuberante cuerpo se agita, salta con frenéticos sacudimientos, y en breve, vencida, parece como derrumbarse sobre sí misma, lanzando gemidos plañideros, sin duda por la vergüenza de su derrota.

Tras de permanecer breves instantes inmóvil en su butaca, en una postura, que no debe ser fácil a un pintor reproducir con frecuencia del natural, mi tía, volviendo en sí, pone en libertad a la serpiente a quien había tenido la imprudencia de calentar en su seno, la deja sobre la mesilla de noche, y se acuesta, apagando su bujía.

Segura estoy de que tardó en dormirse, porque habiendo continuado en mi observatorio, oí todavía profundos suspiros, que me imagino serían arrancados por el excéntrico substituto nocturno del coronel M..., lo que me sugirió la idea, no sabiendo cómo bautizar al señor en cuestión, de llamarle «mi tío».

¿Qué te parece? ¿No es el nombre bien adecuado? ¿Qué piensas de mis descubrimientos? Por mi parte, he de decirte que al recuerdo de tan extraordinario espectáculo, no pude cerrar los ojos en casi toda la noche, y cuando conseguí adormecerme, la imagen de «mi tío» no cesaba de dar vueltas en mi imaginación, siendo el íncubo de mi sueño.

Fresca como una rosa encontré a mi tía

a la mañana siguiente, y parecía como encantada de la noche pasada.

Adiós, idolatrada Julia; escríbeme pronto diciéndome lo que piensas de todo esto.

Dispón de tu,

ROSA.

Julia a Rosa

¡Conocido está ya el secreto terrible! ¡Cuánto debiste sufrir, Rosa mía, y qué bárbaro es tu Roger!

Pero, en fin, ya que tú le quieres, me veo obligada a quererle también. Además, segura estoy de que te reserva una multitud de maravillosas recompensas, aunque, bien mirado, tú todo te lo mereces.

La noche en que tú verificabas tu doble «debut», María, por una coincidencia extraña, hacía sus primeras armas bajo mi dirección.

La ideal muchacha no tuvo que sufrir las pruebas crueles porque tú te has visto obligada a pasar. Sin embargo, si al día siguiente no mostraba su cara las huellas de cansancio y sufrimiento que en la tuya se veían, pobrecilla víctima, ella no estaba menos confundida ni menos ruborosa que tú. Nada tan encantador como su turbación. Sin osar levantar la vista, parecía un ángel despojado de sus alas y acabado de arrojar del cielo.

Te consta que buscaba un medio de llegar a tu objeto sin arriesgar nada; la cosa

no era fácil y ya había meditado y desechado varios proyectos, cuando sirvió mis deseos la casualidad, más hábil que yo.

Mientras te preparabas ahí para eclipsar a nuestros mejores actores, aguantábamos aquí un calor sofocante. Cerca de las diez de la noche, relámpagos frecuentes y el retumbar de los truenos anunciaron una violenta tormenta. Acabábamos de acostarnos María y yo y habíamos apagado las luces. En su gabinete dormía ella, o al menos yo lo creía así. Infructuosamente perseguía yo mi idea fija, cuando un estallido terrible se dejó oir, y en tal sazón, se abre la puerta vidriera y María se precipita en camisa sobre mi lecho, suplicándome que la deje acostarse conmigo, pues confesaba tener un miedo horroroso.

—¿Qué te parece? ¿No atendía a mis ruegos la Providencia?

Apresuréme a hacer sitio a la divina miedosa que, temblando, se escurrió a mi lado. En seguida me abrazo a ella, sujetándola. A cada nuevo relámpago, a cada trueno, María se me aproxima más y más y se aprieta contra mí. Con esto se redoblan sus temores y mis caricias.

Puedes figurarte en qué estado me encontraba, sintiendo palpitar bajo el mío aquel cuerpo divino, del cual podía comprobar todas las perfecciones a mi sabor. Fuera de mí me ponía su solo contacto, y antes de poder intentar nada serio, vencida por mis sentidos, quedo sin movimiento sobre el seno

de María que, creyéndome dormida por el terror, se vuelve casi valiente, procurando reanimarme.

Un tanto reaccionada, y más calmada esta vez, aprovecho las circunstancias y combino un ataque en regla. Al primer trueno, mi mano tocó el objeto de mis ansias y, a despecho de una gran oposición, la mantengo allí.

—Julia, ¿qué hace usted?—grita la desventurada, que comprende que va de Scila a Caribdis.

—¿Qué dice usted, querida María?

—Su mano...

—¿Qué pasa?

Nuestra conversación es interrumpida por relámpagos y truenos y me afirmo en mi posición, hasta hacer imposible que el enemigo me haga abandonarla.

—Julia, le ruego...

Cierro su boca con un beso.

—Julia, eso que hace usted ahí es muy malo...; yo no quiero... yo.,,

El cielo, inflamado, parece serenarse. Yo no contesto, pero enlazo tan perfectamente a la rebelde, que hago imposible toda defensa, mientras mi mano no pierde el tiempo.

—¡Ay, Dios mío! No sé lo que me pasa—suspira María, que empieza a perder la cabeza—. No... ¡jamás! ¡Tenga compasión! ¡Se lo ruego, Julia... termine usted... acabe usted... jamás he sentido esto!... ¡Ah! ¡Virgen del cielo... perdón! Julia, yo... yo voy a morirme...

En sus labios expiran las palabras; sobre mis hombros cae su cabeza, sin fuerzas; la niña tiembla, se pone rígida, y, por último, se desploma sobre mis brazos. Un momento apagados, mis deseos vuelven a inflamarse más ardientes, y ruedo sobre el cuerpo inerte de María, profiriendo gritos inarticulados. Puesta mi boca sobre su boca, aspiro su aliento y bebo su respiración. Pronto, anhelosa, jadeante, vencida por el placer, me dejo arrastrar al lado de aquella a quien acabo de iniciar en los groseros goces terrenales, en tanto que ella pueda saborear otros más puros y más en armonía con sus aspiraciones y naturaleza.

Tan venturoso aniquilamiento no podía durar siempre; poco a poco abrimos los ojos, y cátate que María, arrepentida, deshecha en llanto, empieza a pedir perdón a la Virgen, por lo que acabo de hacer.

Te juro que me eché a llorar con más fuerza que mi divina desolada. Puse a Dios por testigo y a la Virgen y a todos los santos de la corte celestial, de la pureza de mis intenciones, y así conseguí calmarla un tanto.

Lentamente recobré su confianza y entonces empleé toda mi elocuencia en demostrarle que ninguna de las dos éramos culpables y que sólo la tormenta había sido causa de todo y que, además, todo era según el punto de vista desde que lo mirásemos.

Convencida al fin, si no por mis razones, por mis caricias, que no economizaba, y solicitada por los deseos que en ella despertaban, mi tímida pecadora se rindió por segunda vez, de buen o mal grado.

La tarea se hizo fácil a partir de este momento, y la conversión estaba casi lograda al separarnos por la mañana.

¿Tenía razón, mi amada Rosa, al asegurarte que triunfaría?

Ahora sólo me falta cultivar las excelentes disposiciones de que, a no dudar, está dotada María.

Por tu parte, piensa en aprovechar las lecciones de tu profesor y ponme al corriente de tus adelantos.

Adiós. Te abraza,

JULIA.

II

LA SEÑORITA ROSA

Las cosas buenas se hacen esperar y no es nunca tarde si la dicha es buena.

Gastón marchó el día señalado de antemano para sustituir a su hermana y creían sus padres e imaginaba yo que sin tardanza vendría a Châtillón la señorita Rosa.

Pero no fué así. Quiso mi mala suerte que retardara mucho su venida, con lo cual queda dicho que me aburrí de lo lindo en tanto que esperaba.

Mi impaciencia, excitada por la falta de mujeres a las cuales pudiera hacer el amor me hacía encontrar interminables los días que antes de haber leído las dos famosas cartas transcurrían rápidos y alegres.

Pero llegó por fin la mañana deseada.

La diligencia de Soissons, que todos los jueves y sábados llega a Châtillón a las once y media de la mañana, dejó oir el cascabeleo de sus caballos y el ruido de sus ruedas y ejes y caja, que atronaba los aires, y envuelta en una nube de polvo llegó a la plaza y se detuvo ante la puerta de nuestra casa.

Hutín y su esposa corrieron a la puerta,



Abracé a Rosa por la cintura...

se precipitaron hacia el coche y resonó una triple exclamación de alegría, que me avisó que Rosa había vuelto a su hogar.

El timbre sonoro del buen alcalde me llamó por mi nombre y acudí despacio, indiferente, como si ignorara el fausto suceso.

Tan pronto como me vió Hutín dijo con alborozo:

—¡Ya tenemos aquí a nuestra hijita!

Y me presentó a una muchacha joven, bonita, graciosa, siquiera un poco tímida y paliducha.

Pero en aquel momento la dicha y la alegría coloreaban sus mejillas y hacían brillar sus ojos.

Mientras cambiábamos los saludos de rúbrica, advertí que la «sobrina» que conocía al tío postizo me miraba con atención.

Y, sea fatuidad o buena vista, me pareció que el examen me fué favorable, pues la señorita Rosa sonrió francamente mirándome cuando sus padres le hubieron dicho que durante un mes todavía iba a permanecer en su compañía y que me gustaba Châtillón lo indecible.

Después de cruzar breves frases conmigo, Rosa se eclipsó.

Tenía que acicalarse, porque el viaje fué largo y pesado.

Yo salí a dar una vuelta por el campo como todos los días, porque jamás me ha arredrado el calor.

Después en la botica charlé un par de horas con los notables de Châtillón.

Todos me hablaron de Rosa, cuya llegada sabían.

—Es una niña muy linda—dijo el médico.

—Y muy religiosa—añadió el cura.

—Creo que tiene diez y seis años—medio preguntó un pariente de los duques de Châtillón, que se aburría en la morada señorial de los descendientes del almirante Coligny y también en el pueblo.

—Ya ha cumplido los diez y ocho—afirmó el cura.

—Buena edad para casarse.

—Tiene muchos pretendientes.

—Pero no les hace caso.

—¿Será gazmoña?—preguntó el primo de los Châtillón.

—No. Es que no ha topado con su media naranja.

—Pues no será porque no haya buenos partidos en esta población—observó el hijo de un rico notario, que se tenía por irresistible; pero que en vano cortejó siempre a Rosa.

—¿Qué le ha parecido la niña?—me preguntó directamente el médico, viendo que yo no me espontaneaba.

—Muy guapa y muy discreta. No solamente en Châtillón sino en París también pasaría por ser muy linda.

Y añadí, a guisa de comentario:

—¡Quién tuviese veinte años!

—¡Hombre! ¿Ya se considera usted viejo?—exclamó riendo el cura.

—Paso de los treinta y cinco—repliqué.

—¡Bah! La flor de la edad.

—Pero la tumba de la juventud—respondí.

Y murmuré los versos admirables:

Cosí trapassa, al trapassar d'un giorno,
De la vita mortal il fior e il verde... (1)

Hablamos luego de otras cosas y a las seis y media enderecé mis pasos hacia la casa donde, desde pocas horas antes, habitaba Rosa.

*
* *

Comimos juntos, y fué aquella una comida de las agradables de mi vida.

¿Fué porque sus padres le aconsejaron que se mostrase amable y decidora?

¿Quiso Rosa, por impulso propio, demostrar a un hombre acostumbrado a vivir en las grandes capitales, que en Châtillón había mujeres que podían competir con las de la Corte?

El caso es que habló con un gracejo, una mensura y un aplomo que me encantaron. Tanto, que al terminar de comer estaba enamorado como un muchacho.

---

(1) Así desaparece, al desaparecer un día,
De la vida mortal la juventud y la hermosura...

No quise que Rosita me creyera un mentecato o un misántropo y procuré hacer brillar mi ingenio.

Conté una porción de aventuras de los grandes dignatarios de palacio, engañados como chinos por mercaderes y leguleyos. Hice reir a todos; conquisté, al parecer, la simpatía de la jovencita.

Como sé por experiencia que a las mujeres les gustan los hombres decididos, no quise parder tiempo y determiné empezar cuanto antes mis trabajos de zapa.

III

EL ATAQUE

La casa del alcalde tenía un magnífico jardín, poblado de grandes árboles que, en algunos puntos formaban bosquecillos que en las horas de sol proporcionaban grata sombra.

Desde que llegué a Châtillón me paseaba todos los días un par de horas por aquel jardín agradabilísimo, después de desayunarme, esperando el almuerzo.

Leía, pensaba, dejaba transcurrir las horas, me sentía vivir y advertía cómo en el seno de la naturaleza recuperaba fuerza y esperanza y se disipaban mi malhumor y mi cansancio.

Al día siguiente de la llegada de Rosa bajé, como de costumbre, al jardín; pero tuve al poco rato una agradable sorpresa.

A la niña le había dado igual ocurrencia que a mí y también estaba entre los árboles.

Me dirigí hacia ella tan pronto como la hube visto.

—¿Soy indiscreto?—pregunté, después de saludarla.

—No, señor. Me paseaba sola y es mejor pasear en compañía.

—Si no es compañía que moleste.

—En tal caso se esquiva.

—¿Cómo?

—No volviendo otro día.

Me sonreí y dije para salir de dudas en el acto y mirando a Rosa cara a cara:

—¿Tendré el honor de verla aquí mañana?

Sonrió a su vez y respondió amablemente:

—Como esté usted, me verá.

—¡Cuánto me alegro!

—¿Se puede saber por qué?

—En caso de que la hubiese molestado mi presencia, iba a retirarme. Y a fe que lo sintiera.

—¿Por qué motivo?

—Porque me es muy grata su presencia y me parece que en lo sucesivo he de sentir mucho su ausencia.

—Pero, señor, ¿cómo puede ser esto, si apenas nos conocemos?

—Quizá usted me conozca muy poco a mí, y crea que lo siento.

—Y usted tampoco me conoce a mí, como no sea de oídas.

—Se equivoca usted.

—¿Me hará creer que me ha conocido usted en otra parte?

Era tan linda que no pude resistir la tentación de probar un ataque decisivo.

De salirme mal, podía despedirme de Rosa y aun de Châtillón, pues me sería imposible continuar viviendo bajo el mismo techo que la joven.

Pero confiaba en aquella ocasión, como siempre, en mi buena estrella, y no vacilé un punto.

—No la conocí en otra parte, sino aquí mismo.

—¿De niña?

—No.

—Entonces...

—No se devane los sesos; me parece que no adivinaría...

—¡Ea! A fuer de caballero galante, ¿quiere usted aclararme este misterio?

—Con mucho gusto. ¿Tiene usted una amiga que se llama Julia?

Rosa se sonrojó levemente.

—Sí, señor; pero no veo...

—Se cartean ustedes con frecuencia. ¿Verdad?

—Sí, señor.

—¿Acostumbra usted a romper las cartas que recibe de su amiga?

Rosa me miró con sorpresa y se ruborizó.

—¿Por qué me pregunta semejante cosa?—dijo con un acento en el que apuntaba el descontento.

—Porque, indudablemente, no pensó usted en romper una carta en que su amiga le contaba unos secretillos...

—¡Ah! ¿Y usted?...

La maldita casualidad hizo que la carta cayese en mis manos, y le confieso que no pude resistir a la tentación de leerla.

—¿Y hablaba esa carta?...

—De una amiguita de Julia; de María...

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que usted habrá pensado?

—Nada malo...; son cosas de solteras. ¿En qué han de pensar las señoritas? Si las casaran a los quince años no se entretendrían en cosas que no valen la pena.

Rosa se había sentado en un banco de madera ocultando su bello semblante con las manos.

Lloraba indudablemente al ver que un desconocido sabía uno de sus secretos.

Lloraba de tan buena gana que no pude menos de compadecerla.

Movido a compasión me senté a su lado, procuré consolarla, traté de apartarle las manos de la cara.

Se resistía. Insistí y sin darme cuenta de lo que hacía, enardecido por el contacto de aquel cuerpo joven y admirablemente formado que oprimían mis manos, por aquella piel de raso que sentía bajo mis dedos, empecé a besar sus brazos y su cara.

No opuso la menor resistencia; dijérase que no se daba cuenta de su situación.

Pero yo no olvidaba la mía, y comprendí que no convenía prolongar aquella escena.

Abracé a Rosa por la cintura y mientras mi otra mano acariciaba su rostro y uno de mis muslos sentía el contacto de los suyos, le dije:

—Podrían venir sus padres, Rosita.

Aquellas palabras parecieron despertar su dormida conciencia.

Se puso en pie; me rechazó; pero sin violencia, y me dijo:

—¡Dios mío! ¡Qué imprudencia!

—No tenga cuidado; ya vigilaba yo.

—¡Ah! ¡Gracias!

—El caso es que aun no he terminado de explicarle lo que deseo decirle.

—Diga, pues.

—No. ¿Puede usted bajar aquí por la noche, cuando duerman sus padres y los criados?

—No sé; no me atrevo...

—No se trata de nada malo. ¿Vendrá?

—Veremos.

—Prométame que sí.

Rosa vaciló. Comprendía que, asintiendo a lo que yo solicitaba de ella, quedaba comprometida irremisiblemente.

Por otra parte el demonio de la curiosidad, y quizá también el de la lujuria, le aconsejaba acceder.

—No sea usted cruel; prométalo...

—Bueno—dijo como haciendo un esfuerzo superior a su energía—; bajaré.

La abracé estrechamente, la dí un beso en la boca sin que se resistiera más que por pura fórmula y la dejé que se marchara.

¡Con cuánto afán esperé las próximas horas de la noche!

IV

SOY FELIZ

Es inútil que diga con qué ansiedad esperé el momento que debía confirmar mis esperanzas.

Y como todo llega en este mundo, así llegó el instante anhelado.

Bajé al jardín y fuí en derechura hacia donde sabía que Rosa iría.

Me había adelantado algo y tuve que aguardar.

Aquella espera se me hizo larga, intolerable.

No duró más de unos minutos y se me figuró de muchas horas.

Al fin oí un paso ligero; crujió la arena del piso y una forma blanca apareció a dos pasos del banco donde yo aguardaba.

Una voz cariñosa musitó:

—¿He tardado?

—Bastante; porque cada minuto que paso sin verla a usted me parece una hora.

—¡Adulador!

—No lo crea. Es la pura verdad.

Y añadí, viendo que permanecía de pie, a dos pasos del banco:

—¿No se dignará sentarse?

—Sonrió graciosamente y respondió:

—No quede por eso.

Y se sentó a mi lado.

Le tomé la mano y se la besé, no por galantería, sino con pasión.

La luz de la luna llena me permitía admirar la perfección del cuerpo juvenil de Rosa y el encanto que respiraba su rostro sin tacha.

La pasión que durante tantos meses había conseguido contener, estallaba ahora con verdadera furia.

El simple contacto de la mano de la hija del alcalde me ponía como enloquecido.

Mi mano tocaba, oprimía, acariciaba un brazo carnoso, fresco, satinado.

Mi cabeza se acercaba invenciblemente al pecho de la divina criatura.

Oleadas de sangre ardorosa saliendo atropelladamente de mi corazón llevaban a las extremidades un fuego desconocido.

Rosa parecía intimidada y contagiada al propio tiempo.

Me miró entre severa y sonriente, y luego, comprendiendo que era necesario decir algo que cortara aquella escena muda que podía acabar de un modo harto realista, me dijo sin cesar de sonreir, pero apartándose levemente de mí:

—¿Y lo que tenía que decirme?—preguntó.

Yo volví a la realidad.

Me acordé del borrador de la carta de Rosa a su amiga Julia, y pensé que trayendo a la memoria de mi momentánea compañera la escena del «tío» y de la tía, quizá lograra que viviera en una atmósfera inflamada como la que a mí me envolvía.

Y dije, sin pensarlo dos veces y con una punta de ironía:

—¿Acostumbra usted a escribir borradores de sus cartas?

—¿Por qué lo pregunta?

—Para decirle que es una mala costumbre y que debe usted abandonarla.

—¿Cómo sabe usted que escribo yo borradores?

—Encontré uno.

—¿Dónde?

—Junto a la carta de Julia.

—¡Ah! Es usted terrible. Y ¿qué decía ese borrador?

—Nada malo.

—Pero, en fin...

—Hablaba de que una noche vió usted cómo su tía, que aquella tarde recibiera una carta, se encerraba en su habitación y después de desnudarse...

—¡Ah, Dios mío! ¿Leyó usted eso?

—Sí, por cierto; y le aseguro que me hizo muchísima gracia que al... al... sucedáneo, le llamara usted su «tío».

—¡Oh! Caballero... ¿Qué va usted a pensar de mí?

Y corrieron sus lágrimas como el día anterior.

La consolé lo mejor que supe; pero al propio tiempo mi mano atrevida se cercioró de que no había ni sombra de engaño en aquel cuerpo sin tacha.

La dí un millar de besos en la frente, en las mejillas, en el cuello, en la nuca, en el nacimiento del seno.

Me arrodillé a sus pies, cogí éstos entre mis manos, los acaricié e insensiblemente mis manos oprimieron unas piernas bien formadas y se deslizaron hasta...

—¿Qué hace usted, caballero?

—Nada, nada.

Y añadí cogiéndole la mano y poniéndola más cerca de mí:

—¿Era así el... el sucedáneo?

Rosa, ya sin llorar, pero roja como una amapola, me dijo:

—¡Qué atrocidad! No, no era tan grande. ¡Déjeme!

Pero no la obedecí y no le pesó al parecer mi inobediencia.

Al terminar me miró sonriendo y dijo:

—Me hace cosquillas. ¡Por Dios! ¡Ah!...

—¿Me quieres, Rosa?—pregunté en voz baja, mientras la sentía estremecerse bajo las caricias de mis manos.

—Sí, sí.

—¡Bésame! ¡Abrázame!

Me besó y abrazó con verdadero frenesí,

sin quitar la mano de lo que tanto se parecía a su «tío».

—¿Me permitirás que suba a tu habitación?

—Ya nada puedo negarte.

—¡Vida mía!

* * *

Subimos a la habitación que yo tan bien conocía.

—Enciende la luz.

—No.

—¿Por qué?

—Temo que mis padres puedan verla.

—No, monina; duermen.

—¿Y si vinieran?

—Es imposible.

—¡Oh, Jacobo!

—No temas, no.

Y la besaba, la oprimía entre mis brazos.

Quería ver las perfecciones que había tenido entre mis manos. Anhelaba ver aquel cuerpo de diosa libre de importunos velos.

Cedió por fin a mis ruegos y encendió luz.

El desorden de su traje la hacía más bella aún y apetitosa.

Era un verdadero «bocado de cardenal».

Un bocado de cardenal que iba a saborear un simple abate.

Actué de camarera.

Yo mismo libré a mi Isis del velo que la cubría y la diosa apareció radiante y juguetona.

Yo también me desnudé y de pronto dije:

—¡Mira!

No era menester que se lo dijera.

Sólo tenía ojos para el sucedáneo, para el «tío».

—¡Qué gallardía!—dijo.

—Verás que valiente—respondí.

Y sin ser fuerte a contener mi ardor, excitado por la vista de tesoros de inestimable precio, sacié mi pasión durante dos o tres horas, hasta la del alba.

Rosa me devolvió caricia por caricia y al advertir todo el placer que le daba aumentó el que yo sentía.

—¡Esto, esto es mi tío!—exclamaba entusiasmada—. ¡Qué desaboridos deben de ser los sucedáneos!

—Y muy fríos—agregué a guisa de conclusión.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Colección Popular Semanal

Preciosos tomitos de 24 páginas con grabados y una hermosa y sugestiva portada en varios colores, de amena lectura y propios para pasar alegremente el rato, a **10** céntimos uno.

TITULOS PUBLICADOS

Versos eróticos. (Cuatro cuadernos.)
La Rueda de la fortuna, del amor y del destino.
El arte de echar las cartas.
Clave de los sueños.
Cantares picarescos.
Cantares flamencos.
Chistes picarescos.
Chascarrillos sicalípticos.
Nuevos chistes picarescos.
Nuevos chascarrillos sicalípticos.
El secreto del porvenir por las líneas de la mano.
Epigramas alegres.
Juegos de manos y de baraja.
Nuevos juegos de manos y de baraja.
Versos para abanicos, postales y álbumes.
Lenguaje de las flores, el abanico, el pañuelo, etc.
Cartas amorosas. (Nuevos modelos.)
Cuentos alegres.
Mil y una felicitaciones en prosa y verso.
Los Secretos de la Magia Blanca.
Los Secretos de la Magia Negra.
Los Secretos del Magnetismo.
Los Secretos del Espiritismo.
Secretos de amor.
Juegos de prendas.
El arte de seducir a las mujeres.
Chistes de buena ley.
Chascarrillos sin intención.
Chistes sin color.
Chistes de buen género.
Novísimo secretario de las familias.
Novísimo secretario comercial.
Manual del solicitante. (Modelos de solicitudes, instancias, memoriales, etc.)
El arte de bailar bien.
Romances amorosos.

Los pedidos a E. HERAS, editor. — Calle Cortes, 498, BARCELONA